

trina de Pelagio que el hombre no necesita el auxilio de la gracia; pero yo llamo de nuevo vuestra atencion á la mujer del Evangelio de este dia y os pregunto, ¿si Jesucristo no se hubiese insinuado al corazon de la Samaritana, hubiera esta conocido sus pecados y se hubiera convertido? Ciertamente que no. Pues á esta gracia comunicada á la Samaritana debióse no solamente su conversion sino la de otros muchos Samaritanos, pues que ella no se contentó con reconocerle por verdadero Mesías, sino que anunciando á otros lo que le habia pasado en la fuente los mueve para que crean como ella habia creído. Ella espera al Mesías, para escuchar de sus labios las verdades que desea conocer: Jesus le hace saber que él es el Mesías. *Ego sum qui loquor tecum.* Ahora bien, Jesucristo nos está hablando continuamente al corazon: como aquella Samaritana, ofrécenos el agua viva de sus gracias: nosotros como si este ofrecimiento no fuese de un Dios, estamos remisos en aceptarlo, y esto porque no conocemos nuestro propio bien.

¡Ah! yo no puedo menos de llenarme de admiracion al ver los recursos de que se vale la gracia para tomar posesion de nuestro corazon. No perdais de vista ninguna de las circunstancias que vemos en el pasaje del Evangelio de hoy. En primer lugar se nos demuestra la gran paciencia de nuestro Dios, que espera al pecador para admitirlo á su gracia. Por esto esperaba á la Samaritana en la fuente. Pero esto no debe servir para hacernos adquirir una vana esperanza, pues si es verdad que el Señor nos espera, ignoramos hasta cuando podrá esperarnos y nos exponemos á perdernos miserablemente si llega á cansarse su paciencia, viendo nuestra obstinacion. Le damos escu-

sas frívolas y vuelve á llamarnos de nuevo. La Samaritana le dice que como le ha de dar agua siendo judío, y Jesus le insta ofreciéndole una agua viva en recompensa. Esto es lo que hace exactamente con nosotros. Viendo que no nos atrae por el amor, nos ofrece el agua viva de la gloria, en recompensa de los sacrificios que nos exige. Pero el hombre oye hablar de la gloria sin deseos, como escucha las penas del infierno sin el menor temor. Esto es inconcebible, pero sucede por desgracia. ¿Y cuál es el resultado? Que el hombre que así desprecia la gracia, va saltando de precipicio en precipicio y necesariamente viene á dar en el mayor de todos que es la condenacion.

Desengañaos, cristianos, nos es indispensablemente necesaria la gracia, de tal modo que sin ella no podemos practicar obra buena: si hemos de triunfar de los peligros del mundo, si hemos de evitar el caer en las tentaciones, ha de ser por el auxilio de la gracia. Esta nos la concede el Señor á todos, por un efecto de su bondad y misericordia. Veamos ahora cuál debe ser nuestra correspondencia á la gracia que es el asunto de mi

SEGUNDA PARTE.

Es cosa en verdad digna de notarse, que siendo la gracia tan necesaria como hemos visto, sea el hombre tan ingrato para sí mismo que no trate de corresponder á ella. ¿Y en qué consiste esto? En que no se conoce el don de Dios: en que no se quieren escuchar los llamamientos; *Si scires donum Dei*, dijo Jesucristo á la Samaritana; si conocieses el don de Dios, y quien es el que te dice: Dame de beber, tú de cierto la pedi-

rias á él, y te daría agua viva. El que te crió sin tí, dice San Agustín, no te salvará sin tí. Pues cómo ¿necesita el Señor de nosotros para salvarnos? Así es, pues, que dando su gracia á la criatura exige de ella una tierna correspondencia y un eficaz aprovechamiento para nuestra salvacion por ella.

Vosotros ois predicar las grandes virtudes de los que se santificaron en el mundo, y hoy son habitantes del cielo: os admiráis al oír la gran penitencia de una Magdalena, el rigoroso ayuno de un Gerónimo, el triunfo en sus combates de un Antonio Abad, la fortaleza en los tormentos de tantos mártires como la religion cuenta, y os sentís movidos á esclamar: ¡Oh cuánta gracia! ¿Quién la tuviera igual para santificarse al modo que estos se santificaron! Y yo os pregunto: ¿No os da Dios la misma gracia que diera á aquellos? ¿No os da los mismos auxilios? Ciertamente que sí, pues como ellos sois sus hijos, y Dios desea la salvacion de todos. ¿Pues cómo es, me direis que nosotros somos tan débiles y flacos que al momento caemos en la tentacion? ¿Cómo es que no sentimos placer en la práctica de las virtudes, y que lejos de acercarnos á la perfeccion, nos vemos cada dia mas aficionados á las cosas del mundo? No es otra la causa, sino porque vosotros resistís á la gracia; si hubierais sido fieles á su primer llamamiento; si hubierais correspondido á sus primeras indicaciones, en este caso, ella se hubiera ido aumentando en vosotros, y cada vez os hubiera comunicado mayor fortaleza.

Dios que es tan pródigo en conceder su misericordia á las criaturas, os llama á sí; habla á vuestro corazón, y aun para atemorizaros pone delante de vuestros ojos los castigos que en el infierno estan prepara-

dos para aquellos que resistiendo á su gracia, se entregan al pecado. Pero vosotros esclamáis como la Samaritana. ¿Cómo tú me pides á mí? Sacrificad, os dice Jesucristo, un poco de ese genio altivo que teneis, no seais soberbios con vuestros hermanos, y venid á mí por el camino de la humildad que os he enseñado. Pero vosotros os hallais contentos con vuestro modo de pensar; vosotros para quienes la humildad no es otra cosa que una bajeza, que se opone directamente á vuestras inclinaciones, contestáis. ¿Cómo me pedís eso? Si yo no me diese á respetar de los que son menos que yo, no me portaria del modo que exige lo elevado de mi nacimiento y la dignidad de la respetable familia de que soy miembro. Vuestra conciencia os dice que perdoneis el agravio y que no trateis de vengarlo; que perdoneis para que seais perdonados: pero vosotros miráis esto como contrario á eso que el mundo llama honor, y á pesar de las insinuaciones de la carne, os proponéis borrar con sangre el agravio que recibisteis: en vano la gracia trae á vuestra memoria el recuerdo de Jesucristo en la cruz: en vano recordáis que el Salvador de la humanidad, que debe ser el modelo de la conducta del cristiano, pidió á su Eterno Padre el perdón de los mismos implacables judíos que le crucificaban. ¿Cómo me pedís eso? Esta es vuestra contestacion á la insinuacion de la gracia. ¿Qué diría el mundo de mí, si viese que así dejaba sin venganza una injuria? ¿No me tacharía de cobarde? ¿No se reiría de mi flaqueza? Pues nada: yo sé que segun la ley de Dios no debo hacerlo, pero es preciso que lave mi honor mancillado y que lo lave con sangre. Al que envuelto en placeres sensuales, y gustoso entre las cadenas del deleite, no tiene mas reglas de conducta

que sus pasiones, insinúase tambien el Señor por medio de su gracia. Pero á este le asusta el pensar tan solo en la castidad que prescribe el Evangelio. Su conciencia le advierte que va errado, que el camino de los vicios conduce á la perdicion eterna, y le privará para siempre de la vista de Dios: el Señor le concede luz para que conozca su infeliz estado y se enmiende: confésate, le dice, con una voz interior, sal del asqueroso lecho de tus vicios y ven á mí: mas el sensual esclama: ¿Cómo me pides eso? Ahora que estoy en la flor de mi juventud, ahora que me encuentro en lo mejor de mi vida, ¿habré de abandonar los placeres, habré de volver las espaldas á los goces del mundo: desviarme de los encantos de la sociedad. ¡Ah! Que esto es imposible. Quédese el recogimiento para los ancianos, la austeridad para los monges, la virtud para los que por su estado se dedican al servicio de la Iglesia. Mas adelante me convertiré yo á Dios: cuando tenga mas edad, y mis pasiones se hayan gastado, entonces practicaré buenas obras. ¡Qué engaño mas funesto! El que espera para mas adelante, nunca se convierte, porque sucede con la sensualidad lo mismo que con la avaricia, que cada vez se arraiga mas en el hombre, y no encontrando nunca el día apropósito, viene el de la muerte, que conduce al pecador obstinado á la mayor de las desgracias que es su condenacion eterna. ¡Ah! Si conociéseis el don de Dios, si supiéseis quien es el que os habla al corazón, con las inspiraciones de su gracia, de cierto que no cerrariais vuestros oídos. Pero tienen mas fuerzas para vosotros los clamores del mundo que las insinuaciones de Dios.

Hoy mis hermanos, os estoy predicando de la gracia, y del deber que teneis de corresponder á ella:

Dios me habrá inspirado que tome este asunto por objeto de vuestra instruccion. ¿Será este el último llamamiento de la gracia? Podrá ser así ciertamente. ¡Cuán desgraciados sereis si no respondeis á vuestro Dios! Podreis morir hoy mismo, y perderos por vuestra rebeldía. Si este tiempo de Cuaresma, es el tiempo aceptable, si estos dias son dias de salud, ninguno mas á propósito que este en que se os habla de la gracia. No me objeteis que temeis llegaros á Dios á causa de la multitud de vuestras culpas, pues que con la gracia todo se puede; con esta fiel compañera nada es imposible. Estais aprisionados con las duras cadenas de la esclavitud de la culpa, pero podeis quebrantarlas y aun romperlas con la gracia, cuyos efectos son admirables. ¿Habeis negado á Jesucristo? Tambien le negó Pedro, y llorando amargamente su pecado lavó su infidelidad con su penitencia. ¿Habeis perseguido á Jesucristo y á su Iglesia? Tambien lo hizo Pablo, y siendo fiel á la gracia, logró que se trocase su corazón, y fué despues un vaso de eleccion? Habeis estado aprisionados por muchos años por los lazos del mundo? Tambien la Magdalena lo estuvo, y se hizo gratisima á los ojos de Dios con su admirable penitencia. ¿Tal vez habeis caido en la heregía y habeis estado matriculados en la escuela del error? Recordad á un Agustin que tambien cayó en el mismo pecado y fué despues un gran santo y un perfecto obispo.

¿Estos admirables resultados que dió la gracia á estos héroes no les dará en vosotros si correspondeis á sus insinuaciones? Seguramente que sí, pues que no estaba Dios mas interesado en la salvacion de ellos que lo está en la vuestra. Ni me objeteis diciéndome que vosotros no sentís esa gracia. Cierto es que vos-

otros no habeis visto la mirada de los divinos ojos de Jesus, como Pedro cuando le negó: que no habeis escuchado como Pablo la voz de Jesucristo, diciéndos: ¿Por qué me negais? ¿Pero que significa esa luz interior que os hace conocer vuestros mismos errores? ¿Qué significan esos avisos de la conciencia? ¿Qué nombre dareis á ese movimiento que sentís cuando al ver la imágen de un santo, ú ois predicar sus virtudes, os sentís movidos á imitarle, aunque en seguida olvideis tan buenos deseos? Todos estos son efectos de la gracia de Dios que obra en vosotros. Si no os convertís, es porque no correspondéis como aquellos, á avisos tan saludables. Si no teneis aun mayores gracias es porque no las buscáis. ¿Qué haceis para que ella se aumente? ¿Cuáles son vuestros ayunos? ¿Cuáles vuestras mortificaciones? ¿Cuáles vuestras penitencias?

Bien sé que hay pecadores que viven en los vicios mas vergonzosos, pero que sin embargo, no pasa un dia sin que traten de convertirse á Dios, ellos lo desean así, pero quisieran convertirse sin tener que trabajar para ello; sin necesidad de sostener una lucha con su carne, sin hacer esfuerzos para vencerse. Es decir que quisieran que la gracia todo lo obrase por sí sola, sin poner el hombre nada por su parte. Esto no puede ser así, y nada obrará en vosotros la gracia, si no correspondéis á sus primeras insinuaciones. Las cosas del mundo no pueden nunca saciar el corazon del hombre: poseereis riquezas, pero deseareis mas. Estareis dotados de talento, pero mirareis con envidia al que tiene mas. Disfrutareis placeres y buscareis otros nuevos. ¡Tan engañosos son los bienes y atractivos del mundo, por mas que se nos ofrezcan en dorada

copa. ¿Quereis que vuestro corazon se sacie? Pues admitid los bienes de la gracia, y ellos os conducirán á la verdadera felicidad. Clamad á Dios y clamad de lo íntimo de vuestro corazon para que os conceda sus divinos auxilios. Ya habeis visto que la gracia nos es necesaria: que sin ella pereceriamos en los peligros del mundo: que sin este poderoso auxilio, nuestros esfuerzos serian muy débiles y nada conseguiriamos. Habeis visto tambien la necesidad en que estamos de corresponder á la gracia. Pues bien, en el momento en que os veis inspirados, procurad que se inflame vuestro corazon, resolveos á abandonar los placeres y caprichos, y acogiendo la inspiracion como una gracia, clamad á Dios para que os la aumente; de este modo ireis aficionándoos á la virtud, vuestra gracia se aumentará prodigiosamente y será lo que os conduzca á la posesion de la bienaventuranza que os deseo. Amen.